

nuevas rutas comerciales con África y Asia. También se insiste en el afianzamiento de los modernos Estados europeos, realizando una excelente explicación de las alternativas de financiación a las que se enfrentaron, tema que se puede entroncar con los problemas financieros actuales.

En el último bloque se estudia el desarrollo económico moderno. En el tema 5 se presentan como complementarias las interpretaciones más difundidas sobre la industrialización inglesa. Frente a otros manuales en castellano, podemos destacar la incorporación explícita del debate acerca de por qué la industrialización ocurrió en Europa y no en Asia, conocido como la Gran Divergencia, destacando la explicación basada en factores geopolíticos. En este tema también se recogen las publicaciones más recientes sobre la posición ventajosa de Inglaterra dentro del continente europeo, destacando las basadas en el temprano desarrollo de la demanda doméstica de manufacturas y de un marco de relaciones institucionales más avanzado, y dejando en un segundo plano explicaciones más tradicionales como las asociadas a la transformación agraria.

En el tema 6 el eje principal es la primera globalización, sus causas y sus principales efectos, pero se recogen también interpretaciones más tradicionales sobre la transformación de la economía mundial en el siglo XIX. En el tema 7, el período comprendido entre las 2 guerras mundiales se presenta como una etapa de desintegración de la economía mundial, en la que los desequilibrios estructurales acumulados desde el inicio de la globalización se volvieron insostenibles, y en la que la falta de liderazgo a nivel mundial y el elevado nivel de enfrentamiento político dentro de Europa retrasaron durante 3 décadas el desarrollo de nuevos acuerdos en materia de política económica.

El período posterior a la Segunda Guerra Mundial queda dividido en 2 temas, la Edad de Oro y el crecimiento posterior a la crisis del petróleo, que representan una etapa única caracterizada por la integración europea y el avance de la globalización. El nexo común entre ambos es la excesiva importancia que el autor concede a las políticas liberalizadoras del comercio y de los movimientos internacionales de capital. Estas explicarían el proceso de catch-up de los países industrializados en la posguerra, y la gran convergencia de los países emergentes a partir de los ochenta. Se echa en falta, sin embargo, una mayor insistencia en el papel desempeñado por el cambio técnico, tanto en los años de posguerra, con la difusión en Europa de las tecnologías de la segunda revolución tecnológica, como en la etapa reciente, con las tecnologías de la información y las comunicaciones.

En la valoración de la obra, tenemos que volver sobre la declaración de intenciones que realiza el autor en la introducción. Respecto a la necesidad de ofrecer un enfoque más global de la Historia

Económica se ha hecho un esfuerzo muy encomiable, pues en los temas relativos a la historia económica de las Edades Antigua y Moderna, la primera globalización y en la etapa que abarca desde la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad, se ha realizado un esfuerzo integrador de otras partes del mundo, quitando peso a Europa. Respecto a la aportación que el estudio de la Historia Económica puede hacer para comprender la realidad económica del presente, el autor parece haber optado por detenerse en una explicación muy detallada y técnica de determinados aspectos, aunque sin hacer una alusión explícita a su relación con la realidad presente. Así, de forma muy didáctica se insiste en los problemas de financiación de los Estados, en las dificultades monetarias, en el cambio en el papel del Estado en la economía, en la importancia de la dotación relativa de factores y de la geopolítica, etc. Pero tal vez una alusión más explícita a su relación con la realidad presente hubiera reforzado más esas lecciones de la historia.

La minuciosa tarea de actualización de contenidos es algo que apreciamos, sobre todo los que impartimos clases de Historia Económica. Pero teniendo en cuenta el escaso peso que los temas anteriores a la Revolución Industrial tienen en nuestros programas, y el breve espacio de tiempo del que disponemos para desplegarlos, creo que hubiera sido más didáctico para nuestros estudiantes ofrecerles una visión más sintética de los primeros temas. La presentación del manual podría mejorarse, organizando los temas por bloques y abreviando su extensión, lo que evitaría, además, algunos solapamientos y repeticiones. Por último, la presentación de cuadros y gráficos es, sin duda, mejorable. En el epílogo final el autor se aventura a reflexionar sobre los grandes retos que plantea la crisis económica actual y esta es, sin duda, una aportación interesante, pero a la vez arriesgada, pues algunos de los comentarios que allí se recogen han sido ya desbordados por la realidad.

En definitiva, el profesor Comín nos ofrece un excelente manual en el que se realiza una ardua tarea de actualización de las recientes aportaciones en el campo de la Historia Económica. En mi opinión, el libro cuenta con 2 grandes activos. Por un lado, el presentarnos una visión muy dinámica y global de la economía, cuyo centro de gravedad va cambiando en el tiempo y en el espacio. Por otro lado, el explicar de forma muy didáctica, pero a la vez técnica, aspectos de las economías del pasado, que están presentes en las economías actuales, y trazar desde un pasado muy remoto algunos ejes que pueden ayudarnos a ordenar y comprender mejor la realidad económica del presente.

María Teresa Sanchís Llopis
Universitat de València, Valencia, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2013.02.002>

Ramón Lanza García. Miseria, cambio y progreso en el Antiguo Régimen. Cantabria, siglos XVI-XVIII. Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2010, 344 págs.

Como es bien sabido, Ramón Lanza García es uno de los historiadores españoles que más han contribuido a la investigación sobre la evolución histórica de las regiones periféricas de la cornisa cantábrica durante el Antiguo Régimen, tal como acredita su extensa producción historiográfica publicada desde la segunda mitad de la década de los años ochenta del pasado siglo XX hasta la actualidad. En esta ocasión, nos ofrece un nuevo ensayo de historia económica de gran interés, con un título muy sugerente y perfectamente ilustrativo de los contenidos abordados, sobre el conjunto de Cantabria en el transcurso de las 3 centurias modernas, si bien no prescinde de la perspectiva comarcal a la hora de plantear sus reflexiones,

haciendo un uso adecuado del método comparativo para contrastar los valores y las trayectorias que se detectan en las áreas más próximas a la costa con los de aquellas otras del interior, como también a la hora de comparar la evolución de este territorio principalmente con Castilla, Galicia y las Provincias Vascaas. El resultado es un texto que contribuye a resaltar la originalidad del modelo cántabro en un contexto geográfico más amplio, que representa la periferia peninsular en su conjunto en una época decisiva de la Historia de España, la Edad Moderna, y que seguro resultará de interés no solo para los historiadores de la economía o los historiadores modernistas, sino también para los contemporaneístas, puesto que Lanza García prolonga su riguroso análisis, con buena lógica, hasta la primera mitad del siglo XIX.

Ya desde inicios del siglo XVI, Cantabria se presenta como una región densamente poblada, con un modelo matrimonial tardío, abundancia de soltería definitiva, una mortalidad ordinaria, infantil

y parvularia relativamente moderada para la época, y una destacada influencia de los movimientos migratorios. La evolución demográfica secular deja tras de sí, primero, un crecimiento moderado de la población durante la primera centuria moderna, cuyo cenit se alcanza antes que en otras regiones castellanas y que afecta más a los núcleos urbanos que a las localidades rurales; segundo, tras el retroceso que sigue al lento avance de finales del xvi, que se prolonga hasta 1630, se produce un incremento poblacional, ahora sí, importante, que se traduce en una verdadera expansión cuyo mayor alcance se sitúa entre mediados y la última década del xvii, de la cual se benefician los valles rurales interiores, pero no los núcleos urbanos; y tercero, un nuevo y decisivo impulso demográfico en el siglo xviii, que afecta sobre todo a la segunda mitad de la centuria, con un nuevo impulso de la población urbana, destacando Santander, junto a las comarcas rurales, propiciado por un mayor desarrollo de las actividades económicas que afecta tanto al conjunto del territorio como al conglomerado de la economía regional.

La agricultura es el sector económico que emplea a un mayor número de efectivos demográficos a través de las explotaciones agrícolas familiares, cuyos propietarios trabajan directamente las tierras que las integran con el objetivo de intentar garantizar su supervivencia y reemplazo generacional, si bien la mayoría no logra alcanzar el ideal de la autosuficiencia. La abundante población se encuentra proporcionalmente con poca tierra cultivable a su disposición, por lo que el policultivo y la intensificación del trabajo agrícola se han convertido en los 2 pilares fundamentales del sistema agrario cántabro. De hecho, la agricultura ya ha alcanzado en algunas áreas un grado notable de intensificación en el siglo xvi sobre la base de un sistema de rotación de cultivos que permite alternar los cereales con las legumbres y el lino, y una especialización pecuaria que gira en torno al ganado vacuno, cuya alimentación depende de la pratería y el acceso a los montes. No obstante, al igual que acontece en el resto de la cornisa cantábrica y la Galicia atlántica, es en el xvii cuando la introducción del maíz, motivada por la demanda de alimentos que se genera a raíz de la crisis de 1607-08, actúa como el factor decisivo en dicha intensificación agraria, puesto que el cultivo de este cereal del ciclo estival precisa de un abonado más intenso y una mayor cantidad de trabajo por unidad cultivada; de ahí que también se produzca entonces una expansión ganadera que afecta sobre todo al ganado vacuno, y, en consecuencia, una mayor oferta de productos cárnicos y lácteos, como también de reses que son incorporadas al mercado de ganado para tiro y engorde, o cedidas en aparcería. La culminación del proceso se sitúa a mediados del siglo xviii, coincidiendo con el aumento de la demanda de más recursos alimenticios motivada por el incremento demográfico, lo cual se traduce en la puesta en cultivo selectivo (verduras, legumbres y hortalizas) del entorno periurbano de Santander y un nuevo impulso pecuario que se prolongará hasta 1770-80.

La actividad industrial permitía que la población de Cantabria dispusiese de ingresos complementarios a los que generaba el sector primario, a través de jornales que se cobraban generalmente por el desempeño de un oficio a tiempo parcial, en manufacturas en las cuales, por término medio, no se aprecia una gran concentración de mano de obra y predomina un nivel tecnológico limitado. Parte de esta actividad se halla relacionada con los recursos naturales en que es rica esta región, de ahí el peso relevante tanto de la actividad extractiva y transformadora de la madera como de la que se desarrolla en las ferreerías, sectores ambos ya documentados en

el tránsito del xv al xvi, a los cuales debemos añadir la explotación de minas subterráneas de sal (Cabezón y Treceño) y la pesca, con la consiguiente industria conservera, que se practica en las villas de la costa, con una clara preferencia por el besugo y la sardina, y en la que también se practica la captura de ballenas. La inversión industrial de mayor envergadura fue protagonizada por la Monarquía en el astillero de Guarnizo a partir de 1582 (refundado como Real Astillero a comienzos de la década de los años veinte del siglo xviii con un notable incremento productivo) y en el de Colindres desde 1619 para la fabricación de buques para la armada real, junto con las fábricas de hierro colado de Liérganes y La Cavada a partir de 1630-35 para la elaboración de cañones y munición, cuya mano de obra cualificada, que se empleaba en las tareas productivas más complejas, era de origen flamenco. Por su parte, la iniciativa privada será fundamental en las nuevas propuestas industriales que surgen en las últimas décadas del xviii: fábricas de harina como las de Viveda (trasladada a Zurita) y Campuzano, o las de cerveza y azúcar de la ciudad de Santander, y las fábricas de curtidos de Povedal de Marrón o Campuzano no hubieran sido posibles sin la participación de hombres emprendedores como Juan Fernández de Isla o José de Zuloaga.

Por su parte, la actividad comercial estaba limitada por los obstáculos orográficos propios de esta región montañosa, de ahí que la construcción de la carretera de Reinosa (1748-52) suponga un hito importante que coincide en el tiempo con el impulso demográfico, la culminación del proceso de intensificación agraria y una mayor preocupación por el desarrollo industrial ya señalados. El resurgimiento comercial que se registra en la tercera centuria moderna afecta de manera muy especial al comercio marítimo, debido al papel destacado que juega la ciudad de Santander y su puerto en la exportación de productos procedentes de la España interior (lana, cereales y vino) y madera de la cornisa cantábrica, como también en la importación, sobre todo de bacalao y tejidos europeos.

La evolución histórica de la población y los sectores económicos en la Cantabria de los siglos xvi-xviii no fue ajena a la influencia de 2 factores fundamentales que también estudia en profundidad Lanza García. En primer término, los regímenes de propiedad de los bienes agropecuarios: las tierras comunales resultaban imprescindibles para el mantenimiento de una agricultura intensificada y una ganadería vacuna especializada; predominaba el arrendamiento a corto plazo con una renta gravosa para el arrendatario como modalidad de cesión dominial; y la aparcería facilitó el acceso al ganado, si bien en dicho contrato el propietario actuaba como prestamista. En segundo lugar, no fue menor la incidencia de la fiscalidad regia, basada en una heterogénea relación de cargas, un reparto contributivo desigual, propio de la sociedad estamental, y una repercusión fiscal que gravaba al consumo y las transacciones comerciales. Con tales condicionantes, el crecimiento demográfico y económico se hallaban estrechamente relacionados, a la vez que condicionados, por las oscilaciones cíclicas propias de la economía rural antigua, por lo que los cambios que propiciaron las fases expansivas de la población y la economía cántabras se encontraron siempre limitados por el marco institucional y fiscal propio del Antiguo Régimen.

Antonio Presedo Garazo
Universidade de Vigo, Orense, España